

**PREMIO DE
RELATOS
CORTOS**

(1999-2000)

**PREMIO DE
RELATO JOVEN
“TIERRA DE
MONEGROS”**

(2000)

**II Certamen
de Relato
Corto (2000)**

1.^{er} Premio

Luz

Óscar Sipán Sanz

“Todos somos insectos atraídos hacia la luz”
(EDUARDO AINBINDER)

La trajo a casa y la presentó como su esposa. Apenas la vio unos segundos, pero aquella tarde los cimientos de su vida comenzaron a resquebrajarse.

La liturgia de la misa de seis se torció desde el principio: no supo a qué achacar sus repetidas e injustificadas pérdidas de concentración. Las miradas maliciosas de las beatas no ayudaron demasiado a que su inherente sosiego se restableciese. Erró el “Padrenuestro” en seis ocasiones. El “podéis ir en paz” le sonó falso, vacío, innecesario. Sus nueve fieles –mujeres sin edad, arrugadas como lagartos, como pergaminos indescifrables, arropadas por oscuras telas y crucifijos de oro y plata, que presumían de haber desconectado de la vida y sus miserias– se incorporaron lentamente de los toscos bancos de madera y, en grupos de tres, entre sonoros susurros (“¿qué le pasa hoy al cura?”) cruzaron la puerta hacia la cegadora luz de la tarde. Apagó las velas con las yemas de los dedos e instintivamente enfiló sus pasos hacia una pequeña capilla, húmeda y sin adornos, en la que un cuadro de marco carcomido –una imitación sin firma de “La matanza de los inocentes”, de Charles Lebrun, posiblemente del siglo anterior, donada años atrás por una acaudalada viuda de Lanaja– acompañaba a dos candelabros de forja herrumbrosos y gemelos. Un rayo de sol iluminaba tenuemente la sala. En una iglesia sin tesoros halló uno. Se sentía fascinado por el cuadro. Lo contemplaba todos los días, sumido en una profunda reflexión, familiarizándose con cada trazo, con cada pincelada, indagando en cuerpos y formas, respirando su equilibrio; lo veneraba como los paganos veneran a sus ídolos de barro.

Aquella tarde puso todo su interés en una mujer joven, de unos veinte años, que, desde un segundo plano, entre soldados mandados por Herodes a caballo y bebés asesinados, le miraba con ojos sin tiempo, ojos sin pecado, ojos que no habían visto el mar; los mismos que había contemplado en su casa.

Llevaba dos años de párroco en Cantalobos. Le había cogido un cariño especial a ese pueblo construido sobre las cenizas de una guerra, a ese pueblo de calles repetidas y casas bajas, de gente amable sentada en sillas de mimbre y pinos con procesionaria. Cerró la puerta con una mastodóntica llave de hierro y encendió un cigarrillo; la primera calada le supo a gloria. Era consciente de su adicción a Wagner, al cine y al tabaco negro. Fumaba dos paquetes diarios desde su ingreso en el seminario diez años atrás. Definía el tabaco como un campo donde sembrar las dudas; si sus pulmones se convertían en el caldo de cultivo de un cáncer tendría que asumirlo, con dignidad, al igual que el marinero asume que morirá en el mar. La cigüeña construía rama a rama un nuevo nido, con una tenacidad digna de elogio, sobre la torre de la iglesia. Posó su mirada en el frontón desierto. Un repartidor anunciaba su llegada tocando el claxon de su furgoneta una y otra vez. Hacía un calor del demonio. “El sol se afila las garras en las sotanas de los curas”, pensó mientras se secaba el sudor con el pañuelo. Se acercó a visitar a Matías, el antiguo maestro, enfermo de Alzheimer, que vivía con un hijo en su misma calle, la calle del Lucero. Lo encontró en el corral, de pie, subido a un cubo de madera, dirigiendo una orquesta invisible con una batuta de hiedra seca; sus ojos eran zafiros tallados por una dinastía muerta, sus manos raíces de olivo centenario. Lo llamó por su nombre, pero no reaccionó. Así que se quedó unos minutos sentado a su lado, sin pensar, disfrutando de la calma y de la sombra de la casa. Cuando se disponía a marcharse, Matías, interrumpiendo momentáneamente a sus trescientos cincuenta músicos, le dijo muy serio: “Nunca debes olvidar los terribles acantilados que rodean al ser humano”. Y volvió a su

concierto, siguiendo la métrica exacta de un loco o un genio, ante un público entregado que aplaudía a rabiar.

Le abrió la puerta ella, con el pelo recogido en un moño, barbilla de Ava Gardner en “Mogambo” y un delantal de su hermano, tímida y resplandeciente, y le informó que este se había marchado al bar y que volvería para la cena. Lo dijo suave y bajito, sin mirarle a los ojos, como avergonzada y, disculpándose, se adentró en la cocina. La observó en su retirada. De su interior exudaba un cántico majestuoso, un mantra sin edad con envoltorio de oración y fórmula de agua de lluvia.

Se descubrió vestido de paisano ante el espejo, bien perfumado, con su desgastado traje azul marino, camisa blanca sin corbata y su cabello negro salteado de canas perfectamente peinado: un cura asmático, adicto a Wagner, al cine y al tabaco negro, acicalándose para ella. Cerró los ojos y se palpó, con las yemas de los dedos, esas pequeñas arrugas que, de un tiempo a esta parte, comenzaban a aflorar. Por primera vez, a sus treinta y siete años, sintió el paso del tiempo y un dolor amargo le obligó a caminar. Atardecía en Cantalobos y un silencio hiriente cuajaba en la atmósfera como una ópera monótona y extraña. Una bandada de estorninos eclipsó momentáneamente el sol. Caminó hasta una loma cercana desde la que se divisaba el entorno y pensó en su hermano. Entre todos los pueblos de España le había tenido que tocar el de su hermano. Recordó su niñez, sus malas relaciones, las discusiones con sus padres. Lo imaginó en el bar, apoyado en la barra, con la camisa abierta hasta el tercer botón, la copa de coñac en la mano y las piernas ligeramente arqueadas, alardeando ante el pueblo, con ese aire de Séneca de feria que le repugnaba, de la mujer que se había echado allá en Colombia, en una ciudad llamada Pasto, sonriente, pícaro y jocosos, erguido y tieso como un gato bien cebado. Y eso le dolió más que cualquier otra cosa en el mundo. Por un momento, reflexionó: ¿era su hermano el villano que veían sus ojos o su imaginación estaba falseando la realidad? En el pasado y en otra ciudad, se había ganado a pulso

el título de cazador de problemas; trifulcas, alcohol y mujeres así lo atestiguaban. Curar el resentimiento que sentía hacia él era una de las asignaturas pendientes. Perdonar, tenía que perdonar, en eso se basaba la fe cristiana. Pero la expresión “matar a los padres a disgustos” la había hecho suya.

Le conquistó por el estómago. En un acto de pura magia, con la despensa diezmada por la pereza y la dejadez se sacó del sombrero “perdices en salsa con cáscara de naranja amarga”, una receta que, según contó, había aprendido sirviendo en la casa de unos españoles, dos años atrás, en una urbanización de lujo en su Colombia natal. Relató –no sin ciertos posos de tristeza– su vida con ellos. La habían tratado maravillosamente, como a una hija, pero las cosas se torcieron con el secuestro y posterior rescate del cabeza de familia –un ingeniero de telecomunicaciones que trabajaba para una multinacional americana– y decidieron rehacer sus vidas lejos de allí, en la vieja y cansada Europa. Era un plato excepcional, digno de reyes, y así se lo hizo saber. “Tienes mano de santa”, le dijo, y, entre bocado y bocado, se permitió el lujo de mirarla con detenimiento. Su silencio era rico en matices. Bastaba un leve movimiento de párpados para que su respiración se tornase en brisas marinas. Pensó en eso y en muchas cosas más antes de retirarse.

Respiraciones agitadas, susurros, gemidos y un estruendoso rechinar de muelles en la habitación continua le impidieron conciliar el sueño. Intentó leer la Biblia, pero le fue imposible; un cosquilleo extraño, desconocido, nacía en sus entrañas. Contuvo la respiración, se tapó los oídos, fumó. No se durmió hasta muy avanzada la madrugada. En su cabeza, un pensamiento: me están probando, las formas del diablo son infinitas.

Días escurridizos alternaron con noches turbulentas. Su llegada había supuesto una inyección de color en una vida en blanco y negro. Inconscientemente, anhelaba sus “*buenos días*” como el perro hambriento y maltratado la caricia del carnicero. Su sangre hervía esperando el desayuno, la comida y la cena,

momentos en que podía verla y conversar. Incluso se permitió el atrevimiento de invitarla al cine a Sariñena cuando su hermano se encontraba de viaje; invitación que ella aceptó muy gustosa. La película se llamaba “Magnolia” y, durante el posterior café, los dos comentaron las magníficas interpretaciones (especialmente la de un portentoso Tom Cruise) y la grandeza de una escena: una “lluvia de ranas” sobre Nueva York. A su alrededor, todo comenzó a mutar. El ritual de la misa ya no le parecía un acto solemne, sino el insostenible tedio del actor anclado en un papel. En cuanto a las noches... su sexualidad despertó de su letargo y salió al mundo exterior, amedrentada, como un cachorro alejándose por primera vez de la madriguera. Y las dudas lo inundaron todo.

Regresaba de administrarle la extremaunción a un tratante de ganado cuya afición a la bebida había degenerado en una cirrosis mortal; el enfermo se le había muerto en los brazos, sin sufrimiento, acunado en un sueño de morfina y tranquilizantes. Nadie había llorado su muerte en exceso. La muerte de un hombre era un ritual inexplicable, un acto inútil con el que había que convivir. A pesar que las farolas de la calle del Lucero estaban apagadas, la vio a lo lejos, bajo el zaguán de su casa. Resplandecía. Su cuerpo era de luz, luz blanca y aterciopelada, esa luz que algunos decían haber visto en la antesala de la muerte sobre una aséptica mesa de quirófano. Resplandecía como un planeta misterioso. La contempló en la distancia: su figura esbelta y serena de piel mulata refulgiendo en mitad de la noche. Un híbrido entre pensamiento y sentimiento inundó su cabeza: “es un ángel, es mi luz, mi luz blanca y aterciopelada, la única luz de la calle del Lucero”. Se acercó dando grandes zancadas. Nada más verle, sus lágrimas manaron como perlas envenenadas sobre un manto de tafetán: “ECHO de menos a los míos, padrecito”. Y se abrazó a su sotana negra, desconsoladamente, firmando un pacto de amistad imposible.

Pensar en Dios y pensar en su cuerpo desnudo arqueándose de placer en la penumbra de una noche de oración y ayuno,

destrozó la línea que se había marcado: perdió su lugar en el mundo.

Sufría, sintiendo la infundada culpabilidad del alemán ante el genocidio judío, porque en sus libros de teología no existían antídotos para sanar la enfermedad; una enfermedad cuya patología le era totalmente desconocida. Nunca se había sentido así, tan perdido, tan desolado, incluyendo la adolescencia. Desde niño asumió, en cuerpo y alma, que su lugar estaba en la iglesia. En ningún momento aspiró a una brillante carrera eclesiástica. No, no le interesaba la gloria del “beatificado en vida”. Su camino estaba orientado a defender el signo de la cruz, ascender al cielo por el río principal y no por sus afluentes: sacrificio, humildad, reflexión, esfuerzo. Ayudar a los más desfavorecidos, a los enfermos, a los desesperados, a los locos. Sus sueños no se habían roto del todo en Cantalobos. Cantalobos era un sillón cómodo donde descansar.

Siguieron días de insomnio y culpabilidad, atemorizado y solo, evitando su presencia a modo de cortafuegos, rezando desnudo para drenar el deseo. Cómo drenar el deseo cuando lo anega todo, espíritu y cuerpo. Qué fórmula emplear para detener el curso de la vida. Buscó refugio en el dolor de los enfermos, permaneciendo durante tres noches en la sala de terminales del hospital provincial de Huesca. Se castigó duramente recorriendo a pie la sierra de Alcubierre. Sollozó. Gritó. Suplicó. Pero fue inútil, el bálsamo del sosiego no hizo su aparición.

Pese a los desastres naturales y la injusticia, las guerras y la maldad de los hombres, su Dios le mantuvo firme en su fe, pero se vino abajo, como un edificio ruidoso en manos de los artificieros, ante la tentación cercana de la mujer de su hermano.

Tuvo que rendirse a la evidencia, no supo detener el avance de su grieta interior. No pudo escapar de su olor a rosas y mala suerte. Lo descubrió: nada es más importante que una sonrisa en los labios de la mujer que amas. Por encima de todas las

cosas. Si debía elegir entre el cielo y los sentimientos, elegiría los sentimientos. Hablaría con ella, le declararía su amor. Había tomado un camino sin posibilidad de retorno, una vía sin redención. Porque, ¿podía esperar el perdón de su Dios? La nieve es una utopía en el corazón del volcán.

A través de la puerta de casa pudo escuchar su voz, tibia y apasionada, con inusitada nitidez. Y la sinceridad de ese “te quiero” –que no iba y nunca iría dirigido hacia él– explotó en su cabeza como una granada de mano en trinchera vacía. Embargado por los celos y la envidia, odió a su hermano. Le odió con toda su atormentada alma. Y sintió que, a ciencia cierta, podía matarlo, que si permanecía un solo minuto más a su lado, conviviendo bajo el mismo techo, lo mataría, acabaría con su miserable vida seccionándole la yugular con un guijarro o estrangulándole con sus propias manos. En ese preciso momento comprendió: su mundo había saltado por los aires y ya no cabía esperanza alguna. Había alcanzado un punto de inflexión y debía reaccionar. Entró por última vez en la iglesia, furioso, embargado por una rabia ciega, con el corazón oprimido y la mente en blanco, y, tras arrebatarse a la iglesia su único tesoro –el cuadro anónimo de “La matanza de los inocentes”–, desertó de un ejército del que ya no se creía digno.

Sin fe, sin Dios y sin ella, abandonó para siempre Cantalobos a cambio de llevarse la rosa incandescente de un recuerdo: su figura esbelta y serena de piel caoba refulgiendo en mitad de la noche, un cuerpo de luz, luz blanca y aterciopelada, “mi luz” –pensó–, “la única luz de la calle del Lucero”.

2.^o Premio

**Piel de mandarina.
Levadura de cerveza**

Javier Gallego Remiro

Se dice que la muerte nos redime de lo que somos y de lo que pensamos. No sabemos cuándo llega el final ni adónde nos lleva, pero sí que la despedida ofrece una burla sutil o exageradamente cruel hacia lo que hemos sido en vida. Se trata solo de un guiño caprichoso y mal repartido en el tiempo: A unos les sobreviene cuando algunas circunstancias les hacen pensar que no es el momento, y a otros les evita obstinadamente, aunque parezca abandonarse a ella. No se trata de entenderlo. Se trata de aceptar que es un juego tan ficticio o tan real como lo que ocurrió no hace mucho cerca de la casa de usted.

A Conchita los días de abril le resultan de un grisáceo tan plúmbeo y opaco como su sombra de estatua.

Concepción, que así se llama según su partida bautismal, dando fe de su carné de identidad, fue concebida sin pecado, con el consentimiento eclesiástico de nada menos que el obispo de la ciudad de sus difuntos padres. Así nació ella y así habrán de nacer sus hijos, si se aventura a casar con algún pretendiente de última hora. Hasta hoy el único con el que accedió a andar en público de la mano, hoy renombrado psicólogo, fue rechazado por parecerle algo lascivo.

Concupiscencia. En eso se ha convertido el amor. No hay más que ver cómo se muestran ahora las parejas en plena calle; parece que algunos se chupan la sangre en cada portal. Se acostumbran a ver la desvergüenza por televisión, y ahí tienes en lo que se convierten después...

Mara, una gata melancólica que ronronea en su regazo, parece escuchar a Concepción con beatífica actitud: mientras una

mano envolvente barre su pardusco lomo una y otra vez sus ojos se cierran despacio y temblequean entrecortadamente.

A pesar de sus ideas retrógradas, doña Concepción de Pablos evita ponerse en evidencia en su trabajo. Más de una vez la han tildado de rancia o beata sus propios pacientes por lo que, con el tiempo, ha sabido camuflar su instinto de moralizadora decimonónica. Incluso cuando lo cree necesario se enmascara de filosofía heterodoxa, y ha llegado a forzarse sentencias inadmisibles para ella, como:

Si no se porta bien contigo te vas con el primero que pase y a él que le zurzan, ¿no te parece?

Pero después de haber soltado algo así Concepción siente deseos de confesar su pecado, aunque su pudor se lo impedirá. La penitencia que se autoinflinge después de tragos como aquel, en que ha tenido que sufrir en su consulta el desconsuelo de una mujer salvajemente maltratada por su marido, es la inmediata ingestión de whisky al entrar en casa, previo lanzamiento de zapatos por los aires. Ellos aterrizarán de cualquier manera en un rincón de la alfombra del salón, mientras Concepción lo hará como un hidroavión sobre el sofá. Al instante Mara, la dócil felina, se acomodará entre sus piernas mientras Conchita se sirve el primer trago.

La botella de whisky, rebosante hace apenas dos días, está hoy tan vacía como un globo sin aire; por lo que decide besar una de ron añejo, única superviviente de su mueble bar.

Trago a trago Conchita comienza a transformarse. No solo en su aspecto, sino también en su personalidad. Ya en solitaria infancia era capaz de transportarse con la imaginación al cuerpo de otras personas. Entonces podía ver lo que ellas veían, y sentir lo que sentían. Esa curiosa virtud le rebrotaba ahora cuando dedicaba la tarde a despacharse tales pócimas de 43º compradas en la licorería de la esquina. No es bruja la señorita de Pablos, pero después de cada media botella sacrificada recobra aquella capacidad

sobrenatural, y se llena de lo que parece ser una personalidad lejana, cuya voz es capaz de emitir en sus mismos rasgos.

La jornada ha sido agitada. De esas en las que el mismo capitán Achab necesitaría unos minutos de descanso para continuar enfrentándose a Moby Dick. Desde los primeros tragos, Concepción ha unido a la falta de fuerzas un súbito mareo que le resulta familiar. El penetrante gusto del alcohol de caña le araña la garganta, dejándole una extraña sensación de amargura. Sus ojos presentan un brillo vítreo, y sus mandíbulas se contraen mientras la nariz aspira aire con energía. Enseguida se sucede un agudo silencio cuya brusquedad asusta a la adormilada gata; un silencio resacoso y mohíno, que se adueña de la habitación. Los párpados de Concepción se abren de súbito para mostrar volcánicamente todo el blanco de los ojos. Una vez más Concepción ha desaparecido de su cuerpo, y este cede su personalidad a otra mujer por ella conocida. Se trata de una muchacha hermosa, de labios amalgamados y carnosos, de redondos y firmes pechos; una mujer de piel tostada que deja escapar las palabras de su boca como un vaho tenue y acariciador, quien se adueña momentáneamente de su alma. Los sueños de la joven, en avanzado estado de gestación, aterrizan en el cerebro embotado de Concepción e inician un viaje hasta sus cuerdas vocales. Entonces, en una escena sin más testigos que aquel abúlico animal recostado, las entrañas de Concepción de Pablos escupen un monólogo aparentemente absurdo que nos remite a Alicia, mujer a la que conoció durante un viaje de verano:

—Esta ciudad de criollos, Villarrica, la fundaron varones con intención de seducir y preñar mujeres, para luego desaparecer como alma que lleva el diablo. Me lo habían advertido, y no pensé que iba a picar, pero esta panza que me estalla dice que seré una madre soltera más. Hace falta ser boluda para enamorarse de un pícaro como el que me desfloró, pero ahora ya está hecho: Otra criatura al mundo que no conocerá a su padre. Y aquí su madre; usada y tirada, y preguntándose si tiene fuerzas para enfrentarse al problema, sola, sin el badulaque que me lo hizo.

Villarrica es una ciudad fundada hace cinco siglos. Su clima, paisaje y modo de vida tropicales hacen que, por encima de todo monumento, el turista admire lo más cotidiano: los niños trabajadores del campo y de la terminal de autobuses, las calles de arena rojiza transitadas por humildes mujeres campesinas, los millones de animales domésticos y asilvestrados que vagan por toda la ciudad.

Es progresivamente grave el tono empleado por Alicia, que así se llama la joven guaireña que conoció Conchita en su reciente visita a la Argentina septentrional. Allí fue donde aquella empezó a cuestionarse si tendría sentido para el género humano las pacatas ideas sobre la religión, el sexo o las costumbres que había incubado a lo largo de su vida.

Personas como Alicia o, sin ir más lejos, mujeres como las que recibía a diario en el despacho, le hacían sentirse como un militar uniformado en un carnaval. No se atrevía a confesarse a sí misma que habían pasado cuarenta años construyendo una costra que recubría la torre de marfil de la que ella misma se había hecho prisionera. Desde la amargura de la inadaptación quería en el fondo de su alma restituir los años perdidos con una pizca de entusiasmo e indecencia, pero naufragaba una y otra vez, lo que la aferraba más a su oscurantismo y exaltación anacrónicos.

Alicia sigue hablando en boca de Conchita. La médium apura un nuevo trago de ron, de tono tan turbio como su rostro, cubierto repentinamente de unas lágrimas que arrastran consigo un rímel opaco y sombrío. Es patético saber a una mujer llena de arrogancia e inviolables principios parapetada tras aquella especie de cadáver alcoholizado. Vuelve a respirar con profundidad. La bebida penetra de nuevo hasta lo más hondo de sus costillas. Su mirada ya no es capaz de ver cómo la gata la abandona por un plato de pienso que le espera en la cocina. Del estómago brotan ahora unos impulsos que se traducen en lejanas palabras.

–Me pregunto si sabré cuidar a este chiquitín. ¿O será chica? Desde luego que prefiero nena. Bastante tuve ya con su papá como para criar ahora un cachorro que se ha de convertir en lobo. Claro que, si es niña, la temo condenada a sufrir.

¿Me arrepentiré siempre de haber arrojado a esta tierra hostil una nena sin una mandioca bajo el brazo? Sin embargo mi intuición me dice que será varón.

Dicen que los chicos que duermen en las aguas del vientre sienten lo mismo que sus madres... así que, pues he decidido tenerlo, debo animarme.

Esta noche no me apetecía seguir bordando, así que me he acostado y he pasado el rato acariciando mi pancita. La noto suave, redonda y muy grande.

Concepción se halla más que recostada, espatarrada en el sofá del salón. Lo que restaba de la botella de ron “Cacique” se ha derramado por la alfombra. En su sopor absoluto acompaña con gestos los pensamientos de Alicia.

Ahora Concepción está larga, medio inerte, caricaturizando de la forma más trágica su espíritu enardecido e intachable. En su borrachera ha asumido a tal extremo la personalidad ajena que se acaricia la barriga suave, redonda y demasiado grande de Alicia. Las yemas de sus dedos experimentan un placer cercano al éxtasis que le ayuda a comprender el gozo de la fertilidad. En su delirio se siente grácil y hermosa como una cierva. La sensación de albergar en su interior una criatura provoca una corriente que se distribuye desde sus zonas erógenas al resto del cuerpo. El cachorro parece agitarse dentro.

Está dando pataditas. Creo que si nace será tan inquieto como su padre. Me dará miedo mirarle a los ojos y sentir su presencia ausente. Porque aún le quiero, al muy indecente. Y solo con el tiempo podré dejar de desearlo.

El hombre que dejó embarazada a Alicia es un cuarentón previamente separado de su primera mujer. Sus artes donjuanescas de seductor enfermizo le han permitido la hazaña de engatusar a una chica con la que ahora convive en Buenos Aires. Nada hace pensar que vaya a pasar mucho tiempo junto a ella, aunque así le haya jurado a la dieciochoañera; ni siquiera al hijo que también esta espera. En ocasiones, cuando al llegar a la nueva casa donde le recibe su adolescente compañía se sienta en el sillón del televisor, le viene a la memoria la figura de Alicia. Con ella compartió comida y cama, como si de una acogedora, económica y plácida pensión se tratara durante cuatro años. La erótica función terminó cuando ella le anunció que había fallado el tratamiento anticonceptivo (se quedó con la duda de si verdaderamente se lo había o no administrado), y no pudo ocultar por más tiempo el embarazo simultáneo de su joven amante. Pero sí; recordaba a la desaparecida Alicia. Se regocijaba con el entusiasmado recuerdo de la primera ducha juntos; tras la que tuvieron que achicar el agua que se había esparcido por todas las habitaciones del piso de alquiler, mientras ellos se entregaban a la pasión. O las noches en que él llegaba tarde, con dolor de cabeza, y Alicia era capaz de acabar con su jaqueca y provocarle nuevos éxtasis amorosos.

Nadie sabe si al abrazar a uno de los hijos que por ahí va dejando se acordará del que, a unos cientos de kilómetros, ha abandonado en el seno de Alicia.

No soy la ingenua de ayer, aunque le ame todavía. Se acabó. Yo estoy acá y él está allá. Nos separan cientos de kilómetros y miles de circunstancias.

Alicia, con tanto soliloquio entreverado en su pensamiento casi rutinario está demorando la respuesta a una pregunta que se hace desde que un familiar le sugirió que abortara: ¿Tener la criatura será la decisión acertada? Esa es la cuestión: Dejar escapar la oportunidad de no sentirse completamente sola, de garantizarse motivos por los que luchar en un mundo que no ha

sido hospitalario con ella; o matar el fruto de un mal recuerdo, y con él el abandono al que se vería relegada por su entorno social.

El ambiente de los pueblecitos guaireños, eso lo tiene claro la joven guaní, es hostil con la pecadora que es capaz de criar sin marido el fruto del pecado. Casi todas las familias tienen a alguien que se ha visto en tales circunstancias, pero no por ello son más condescendientes a la hora de murmurar sobre las madres no casadas. Por otra parte, la mayoría de las que contrajeron matrimonio deben aceptar sumisamente que su marido las engañe. Así es la ley en aquella región tropical, y que el hombre sea capaz de llegar a Marte no parece que vaya a significar un cambio en las tradiciones del lugar. Allá se sigue dedicando la mitad del día a tomar yerba mate y mirar el sol. El hombre anda fuera de casa y la mujer se multiplica para tenerla a punto, criar a los niños y mantener su reputación tan a raya como su presencia fuera de los muros del hogar.

En opinión de la joven, los hombres son farreros e infieles por naturaleza. Y ella, con su cuerpo de palo de rosa, unas piernas deliciosas, que dan la impresión de rozar la superficie de las aguas cuando camina descalza, esos ojos rotundamente negros que todo parecen escrutar entre cabellos que bailan movidos por la suave brisa, está hecha para gustar. Los taxistas bajan la ventanilla, sacan la cabeza y le ofrecen entusiasmados todos los servicios, menos el transporte, de forma ostentosa y chabacana.

Según lo previsto tendría que dar a luz enseguida, por lo que su mundo dará la vuelta en unas horas.

En todas las canciones que oye por la radio se habla del amor, o algo que se le parece. A ella, que todavía no se le ha aparecido ningún príncipe azul, ni lo ha conocido de lejos, se le antoja que las letras más románticas hablan de la relación que tendrá con

su hijo. Que se amarán siempre. Que no se abandonarán jamás. Que las despedidas serán dolorosas y los encuentros una fiesta. Todavía no sabe cómo lo alimentará, pero le gusta imaginárselo yendo al colegio, o de uniforme haciendo el servicio militar.

Será un chico amable, grandes hoyuelos surcarán su sonrisa, y sus labios lucirán una felicidad que a ella le faltó.

Entre tanto, Concepción ya no concibe nada. Está como ausente en el destierro al que la tiene sometida el ron embriagador. Yace en el sofá, sin gata, ni blusa ni falda. Sus sueños etílicos la relegan a un estado de desnudez real y ficticio. Está sola como la protagonista con la que se ha reencontrado en su viaje astral. Bajo su cabeza, descolocada y caída como una piel de mandarina, el cuello se agita momentáneamente en leves espasmos, mientras sus manos pierden poco a poco la tensión epiléptica de hace unos minutos. La conversación que tiene consigo misma Alicia ya no surge de la boca de Concepción, sino que reposa en su pensamiento.

—Ahora sólo existes tú, mi hijo. Por ti se acabó el tabaco y comenzaron los paseos al hospital, donde me hablan de anemia y de la necesidad de que tome levadura de cerveza.

* * *

Avanzando el reloj, en España comienza a intuirse el alba, que se demorará unas horas en Latinoamérica. En el hospital están Alicia y Concepción. Una en la habitación ardiente, lúgubre y óptima para los múltiples insectos de la zona, de un modesto centro de salud de la campaña argentino-paraguaya. Otra, en la planta de la Unidad de Cuidados Intensivos de la Ciudad Sanitaria de una urbe hispano-europea. Una, dando a luz en la camilla bajo una lámpara metálica de raquílica luz. Otra, tratando de

superar un elevadísimo índice de alcohol en sangre, amarrada a un goteo en una sala controlada milimétricamente por máquinas y personal cualificado. En sus mentes se entrecruzan difusas ideas comunes:

Silencio. Silencio de apenas unos segundos y sentir que todos los planetas caen. Experimentar que un nudo se cierra poco a poco sobre la garganta. Creer que el aire se queda sin oxígeno. Soñar ante sí al peor enemigo y compadecerse de él. Percibir que ha llegado el momento de marchar lejos y no saber dónde. Querer morir y, sin embargo, tener más razones que nunca por las que luchar. Resistirse a decir adiós a la persona que siempre nos daba los buenos días. Pretender enviar un ramo de flores silvestres a quien ha sembrado nuestro desconsuelo. No saber si partir. No saber si marchar; si alejarse de cuanto ha sido la vida en estos años de penumbra.

Un abril frío o cálido, según dictan el hemisferio y el sol. Largos son los días sin compañía. Todo es silencio.

* * *

Alicia ya no es Alicia. Ha sentido un dolor insoportable en el momento de entregar a su hijo. Las horas previas al parto las dedicó a preparar su ligero equipaje: una manta y unas gasas, unas pastillas de levadura de cerveza, una fotocopia con la estampa de la virgen, un pijamita para el niño que ha resultado ser niña. Luego estuvo haciendo algo de punto y se acostó. Miró a la luna y un mar de tranquilidad la condujo directamente a su camastro. Pronto comenzaron las molestias y el flujo. Los acontecimientos se precipitaron y gracias a un vecino llegó al hospital. Una vez postrada con las piernas abiertas fue derramando sangre hasta perder el conocimiento. Apenas distinguió entre los lloriqueos de la criatura que estaba saliendo, de los gritos de la comadrona.

La niña pesaba más de tres kilos y era sonrosadita y hermosa. Presentaba unos simpáticos hoyuelos en las mejillas y unos labios tan jugosos como los de su madre. Se retorció y lloraba como intuyendo lo que estaba pasando. Alicia se ha desvanecido, y los intentos de resucitarla han resultado inútiles. En su rostro se muestra la palidez de la nieve, y sus manos han perdido la tensión de hace unos minutos.

* * *

Concepción de Pablos había entrado en una fase de estabilidad cuando le dio una sacudida brutal. Dos enfermeras corrieron hacia ella preparadas para iniciar una reanimación desesperada. Cuando entraron a la sala la oyeron jadear. Unos ojos verdes escrutaban el infinito y dejaban escapar dos brillantes hilos de lágrimas.

Concepción al principio pensó que era ella la que tenía que haber muerto. Luego durmió durante días como un quijote, reponiendo fuerzas para lanzarse a nuevas aventuras. Se preguntó qué sería de aquella huérfana cuyo nacimiento había presenciado. Mas no supo cómo ayudarla. Quizá todo había sido un sueño. Volvió a intentar superar su soledad y sus complejos, pero unos cuantos reveses la devolvieron a su vida de gata, de la obsesión por el sexo, de los rituales cotidianos –esta vez sin whisky ni ron–. Pasea por el parque cerca de casa, y da de comer a las palomas.

* * *

Dicen que la muerte nos redime de lo que somos y de lo que pensamos. No sabemos cuándo llega el final ni adónde nos lleva, pero sí que la despedida ofrece una burla sutil o exageradamente cruel hacia lo que hemos sido en vida. Se trata solo de un guiño caprichoso y mal repartido en el tiempo: A unos les sobreviene

cuando algunas circunstancias les hacen pensar que no es el momento, y a otros les evita obstinadamente, aunque parezca abandonarse a ella. No se trata de entenderlo. Se trata de aceptar que es un juego tan ficticio o tan real como lo que ocurrió no hace mucho cerca de la casa de usted.

**1 Certamen
de Relato
Joven (2000)**

1.^{er} Premio
Relato
Joven

La más injusta de las condenas

José A. Perié

“Y me señalas la ausencia”

(PEDRO SALINAS)

Siempre la consideré alguien excepcional. Durante los seis años que duró mi amistad con Diana, tuve una sensación de rara fortuna. Cada vez que nos veíamos localizaba un aspecto novedoso de su talante, una idea con la que no se contaba, y se complacía de ello mi alma solitaria y quebradiza. No hay nada que no hubiera hecho por ella, ni amnesia que pueda borrar de mi mente la impresión de aquella tarde, en la que vació la última gota de su esencia en el mismo puñado que encarcela mis lágrimas.

Un calor veraniego y el sostenido murmullo de la actividad todavía no asimilada deformaban la estampa sórdida de las callejuelas de la ciudad. El septiembre enérgico y el septiembre deprimente tanguaban sin pudor, a la vista de todo el mundo. Daba sus últimos coletazos un estío convaleciente de aburrimiento. Con cierta disimulada destreza, trataba de caminar sin chocar con nadie, con la mirada perdida en la acera. Así anduve un tiempo indeterminado, como un autómatas, hasta la clínica, hasta su planta, hasta su habitación. La puerta, abierta de par en par, me invitaba a pasar, pero yo temía que su habitación estuviera llena de gente, y al entrar, entre aliviado y conmovido, la volví a ver sola, tumbada en su blanco lecho de hospital, con los ojos cerrados y una media sonrisa fatigada dibujada en el rostro, esa faz angulosa y afilada, tan enfermizamente pálida que era hermosa.

“Cierra la puerta”, me dijo serena y tan pausada como de costumbre. Obedecí y fui a sentarme a su lado. Al acercarme la

miré, seguramente con una piedad notable que no podía disimular, y me sobrecogí de nuevo. Me fijé en sus piernas que permanecían inmóviles, dispuestas con la más antinatural asimetría, en su respiración fuerte y quejumbrosa, en su brazo derecho asomando de la sábana, consumido y venoso, con la señal del tratamiento marcada en las muñecas.

Me miró con ojos vidriosos y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Su voz inmarcesible, modulada como antaño, me susurró: “A pesar de ser tan joven y morirme tan deprisa no te permitiré una sola lágrima mientras me quede aliento”. Entonces una mueca de dolor lancinante le hizo cerrar los ojos un segundo, y yo aproveché para cerrar los míos. Absorto, quise recordarla en los tiernos días de su adolescencia, cuando era un ángel y sonreía; Dios mío, sonreía todo el tiempo, con su rostro tornasolado, engastado con la pedrería exquisita de sus ojos negros y el blanco alabastrino de esa sonrisa ubicua, generosa, cima de exultante vitalidad.

Aquella terrible enfermedad la postraba en su cama desde hacía varios meses y yo no podía evitarlo, ni hacer brotar de nuevo una risa de su garganta agotada, ni hacer brillar sus ojos por encima de aquel sordo reflejo de llama extinta, inmolación en honor de quién sabe qué caprichosa divinidad, tantas veces maldita.

La parálisis bulbar de Fazio-Londe es una enfermedad degenerativa grave, que deriva indefectiblemente en la muerte del paciente, y que lo devora sin prisa y sin orden durante años. Diana tuvo conciencia real de su dolencia, incubada en silencio y entre sospechas, apenas unas semanas antes de entrar en fase Terminal. El carácter incontrolable de su enfermedad la golpeó de súbito, con una impiedad desmedida. Desde entonces no dejé de pasar ni una sola tarde a su lado, pero aquel día nunca podré olvidarlo, seguramente porque ya no volvió a hablar más.

“Tengo miedo”, me dijo mientras trataba de incorporarse mediante un esfuerzo sobrehumano, y pese a no conseguirlo siguió hablando serena, con una voz diáfana y esa prosodia y esa vocalización involuntariamente recta que se observa a menudo en los moribundos o en ciertos individuos prisioneros de una fase avanzada de alcoholismo.

“Tengo miedo”, repitió solemne. “Es mejor que nadie se alarme por algo tan corriente pero déjame contarte otra vez que ya nada puede consolarme, que cada segundo que pasa mis brazos pesan más y mi respiración se hace más lenta, que cierro los ojos y resulta que estoy sola; solos, mejor dicho, solos la muerte y yo.

Y no solo tengo miedo a que un día no vengas, a que no soportes verme, a quedarme ciega, a no poder hablar más... No es la muerte lo que me da miedo, es el instante inmediatamente anterior, es la espera tensa previa al fin, es el desgarrar definitivo, el espanto postrero, la angustiada consumación... sencillamente, la agonía”.

Yo, turbado, buscaba en el carrusel de mi raciocinio una frase de alivio y no la hallaba. Contuve la respiración mientras contemplaba sus ojos como pavesas que miraban apagados, su piel pálida de ópalo con reflejos leves que rielaba como aura de melancolía. Mi figurita de porcelana hecha añicos. El ser más extraordinario que jamás conocería se deshacía sin remedio, amarrado a la realidad, víctima de la más injusta de las condenas.

A menudo la memoria no es el mejor aliado del hombre. Puede ser, más bien, un tormento personal servido como aperitivo en el pantagruélico festín de la conciencia; a veces, no muchas, es un aroma incorpóreo a felicidad, tan sutil como el ligero roce de la brisa, un cosquilleo nervioso que se extiende por el pecho y el antebrazo, encrespando el vello y haciendo perder las fuerzas;

otras veces es vago como el rastro proceloso pero ajeno de una pesadilla; incluso puede ser mentira, una mentira más. Por eso he de confiarme a mi propia realidad y evocarla así como la recuerdo, aun con el riesgo de no conmover a nadie.

La había amado desde el día que la conocí, ahora estaba realmente seguro de ello, y no podía imaginar que se iría tan pronto aquella a la que yo imaginé eterna. Decir que mi desconsuelo superaba el entendimiento era poco decir, me sentía el más vulnerable de todos los hombres. Pasado el tiempo todavía me pregunto qué es lo que hubiera pensado, dicho o respondido, si alguna vez ella hubiera llegado a saber lo que nunca le dije.

Traté de hablar y no lo conseguí. El corazón grávido me estallaba a centímetros de la boca, hecha de unos labios atenazados. La suave calidez de la clara luz vespertina fue la única que se atrevió a solazarla, pero, como desde hacía tiempo constituía el plano firme del diedro, ella sí habló:

“¿Sabes qué delirio me atormenta desde que estoy aquí?”, dijo mirándome de reojo con un leve giro del cuello, esperando en mi rostro un signo de interés. Luego, exangüe, dejó caer su cabeza sobre la almohada y siguió hablando impávida:

“No, claro que no. Verás, estoy en una calle cualquiera, larguísima y desconocida, en la voluble ciudad de mis sueños. El estío enmarca la acción con su luminosidad soberbia. Yo, entonces, rodeada de gente anónima, miro a mi alrededor desorientada y perdida, presintiendo un peligro. Así es, por la avenida se aproxima una terrible bestia que me infunde pánico, empujándome a una huida precipitada. Mientras corro miro a mi alrededor a la gente que escapa y sus gestos de horror se asemejan vagamente a los míos; a pesar de todo yo corro más que ellos, ágil y veloz como una gacela, y me siento, cada segundo que pasa y cada persona que dejo atrás, más segura, más invulnerable, más confiada.

De repente caigo al suelo y me abruma el bloqueo absoluto que sufren mis piernas. Horrorizada me retuerzo penosamente en la acera sin poder ponerme de pie, mientras el peligro se acerca lentamente. Grito. Pido auxilio entre reproches y blasfemias a la gente que corre. Nadie se detiene. Me agito violentamente y un zumbido sordo que deber ser desesperación se acomoda entre mis ojos esperando el final.

A veces la bestia tiene forma de tigre áureo de ojos corinto, tan brillante, tan terrible y tan gigantesco que hiela la sangre, o de un demonio rijoso y maloliente; otras no es verano y llueve copiosamente empapándome el corazón con un agua gélida que cala hasta los huesos. Hay noches en las que ya no me persiguen aquellos torvos espectros surgidos del cubil de mi lesa imaginación sino que hay un tren que se me escapa despacio, muy despacio, o, paralizada, contemplo al hombre de mi vida alejarse para siempre. Pero lo que coincide en todos los casos es que la angustia insoportable me obliga a despertarme sudorosa y gemebunda antes del momento último.

Ahora me consuelo pensando que esto no es verdad, que tú eres una de las sombras que corren junto a mí por la olvidada calle infinita. Sigue tu camino, no te pares a auxiliarme que yo sé que esta pesadilla termina siempre por la mañana”.

Al día siguiente no quiso mirarme. Tampoco habló. Como un prelude desasosegante se mantuvo ausente durante aquellas incómodas horas de la tarde. Así permaneció once días, hasta que el duodécimo ya no me permitieron visitarla. Una enfermera me entregó un sobre cerrado que yo guardé celoso, estremecido por saber que era suyo.

Cerraba los ojos como un niño asustado y lo que veía me enterraba, encogía mi trémulo corazón. Ahora, después de un tiempo, puedo decidir si aquel era yo, o si yo soy otro, si fue

realmente atroz mientras duró o sucumbí al dolor punzante de la desolación empujada por mi debilidad.

Un perro vagabundo cojeaba junto a una vieja farola, y yo pensé que nada le merecía la pena y una lágrima ardiendo recorrió mi mejilla mientras el pecho se henchía de una tensión amarga. Esa lágrima sorda era el único vestigio que quedaba de ella porque el resto era sólo yo.

Golpeado, magullado, enardecido y solo, lamiéndome las heridas como un perro de pelea abandonado. Perdedor en el combate postrero del querer condicionado en subjuntivo. Y sobre todo solo. Y desde hacía horas en silencio.

Saboreo ese regusto amargo y me justifico: Cómo podría no haberla amado si me sonreía. Luego trato de escuchar sus palabras. Y a sus palabras las empujan y las hacen precipitarse en el vacío. Y yo, también vacío, en el puro silencio. Con los ojos cerrados, los dientes apretados y un presentimiento cruel garabateado en el alma.

Horas después, tras conocer su muerte y con las manos temblorosas, acerté a abrir el sobre y leí llorando su última voluntad:

“Para mi amigo del alma: un beso, un guiño, un recuerdo, un suspiro y la más ruidosa y cómplice de las carcajadas”.